

Evocación de Marta Brunet

HUGO MONTES BRUNET*

Si, éramos tía y sobrino. Poco, sin embargo, nos vimos en familia, porque sus viajes la alejaron durante largos años -todos los de mi niñez y juventud- de Chile. La conocí en Buenos Aires, si mal no recuerdo el año 1946. Fue cariñosa, expresiva, se interesó por mi madre -su prima hermana- y por mis quehaceres de estudiante. Nos volvimos a ver en Santiago, en su departamento de Avenida Bulnes, destituida ella de su cargo consular por el Presidente Ibáñez. Fueron encuentros maduros, provechosos. Era amiga de Alone, González Vera, Juan Guzmán Cruchaga. Me presentaba con afecto, deseosa -supongo- de verse prolongada en letras y en familia. Alguna vez recibió en mi nombre el Premio Alerce de la Sociedad de Escritores que se concedió al segundo de mis libritos de poemas: *Delgada lumbre*. Yo estaba en Valdivia, como profesor de la Universidad Austral. Me escribió por lo del premio y, luego, por las penurias del terremoto del año 60. Tengo a la mano esta segunda nota que dice así:

“Marta Brunet, saluda muy cariñosamente a su sobrino Hugo Montes, le agradece sus felicitaciones y le manifiesta su congoja por la tragedia que ha sufrido Valdivia, que ha alcanzado a tantos amigos y a tanta obra por la cual tanto se interesaba. Por tu familia supe noticias tuyas, lo cual ya fue un punto tranquilizador.

* HUGO MONTES BRUNET: Crítico y profesor, poeta, miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Autor de numerosos libros.

Cree que recuerdo a toda la gente universitaria muy especialmente. Un abrazo.

Santiago, 30 de mayo de 1960.

Su gran alegría fue la recuperación de la vista. Volvió de Barcelona iluminada, dichosa de ver. Dicha sobre dicha: se le concedió el Premio Nacional de Literatura y don Jorge Alessandri la repuso en sus quehaceres diplomáticos. Es sabido que murió en Uruguay, como Agregada Cultural a la Embajada de Chile. Tiempo después el embajador Enrique Cañas Flores me llamó para hacerme entrega de un legajo grande de papeles: cartas, fotos, poemas, que conservo con especial cariño. Cuidadosa, ponía fechas, nombres, títulos. Le agradaba dar conferencias, por las que cobraba. “Yo sabré, hijito, a quien doy mi tiempo y mi preparación; es justo que el trabajo intelectual sea remunerado. ¿Por qué los artistas vamos a tener que trabajar gratis?” Tenía razón, y debo confesar que más de una vez he recordado con nostalgia la entereza para reclamar lo suyo. No sé por qué los curas y los profesores -justo los más pobres- tenemos que trabajar sin recibir más que preocupaciones, algunos aplausos y las gracias.

Me es grato evocar a Marta Brunet. No es justo el semiolvido en que ha caído. ¿Será porque dejó sus derechos de autora a la Universidad de Chile, la que no ha publicado ni uno de sus libros? Las obras completas editadas por Zig-Zag, están del todo agotadas. *Montaña adentro* y varios cuentos aparecieron con prólogo mío hace tiempo en la Editorial Andrés Bello, y publiqué sus poemas, hasta ese momento inéditos, en el N° 20 de la *Revista Chilena de Literatura*. Después, que yo sepa, poco o nada. Es una pena, porque las nuevas generaciones van creciendo sin leer sus novelas, tan criollas, tan propias, tan asomadas -pienso en *María Nadie*- a dimensiones universales; y sin sus cuentos, graciosos a veces, a veces patéticos, siempre escritos castizamente, con fuerza, con estilo definido, con personajes que siendo individuales alcanzan representatividad.

La familia Brunet se radicó en Chile a mediados del siglo XIX. Es de origen catalán. El abuelo de la escritora -Ignacio Brunet Artés (1825 - 1908)- venía de Manresa, su ciudad de origen. Ha dejado un interesante libro de viaje, suerte pormenorizada de memorias que, como tantas análogas, permanece inédita aunque bien merece los honores de la imprenta. Es la oportunidad para transcribir algunos párrafos de especial interés:

“A las 6 1/2 de la mañana en marcha y a las 3 leguas encontramos el río Colorado o Mendoza, pasamos por dos laderas que son unos pasos peligrosísimos y el camino en general es malísimo, subir y bajar montañas, y por unos caminos estrechos que las mulas apenas pueden aguantarse y si llegan a resbalar caen de una altura inmensa y en el río que es tan caudaloso y corre con tanta impetuosidad que perecen todos los que tienen la desgracia de caer, hace miedo el mirarlo y es indispensable pasar por allí, no hay otro camino. A las 5 de la tarde paramos junto a unas rocas llamadas polvaderas.

A las 6 de la mañana en marcha siempre como ayer por la orilla izquierda del río Mendoza y contra su corriente pasamos por más de 10 arroyos que desaguan en él. A las 3 leguas pasamos el río de las Vacas por un puente de madera de 20 varas de largo por 5 de ancho con barandillas de madera; este río es muy impetuoso pues antes de haber el puente se llevaba mulos cargados, se une al río Mendoza a las 20.0 varas del puente.

A la una de la tarde hemos hecho alto a consecuencia de habernos venido encima un temporal de nieve y hemos alojado en él”.

PUENTE DEL INCA

El viajero, luego de permanecer breve tiempo en Valparaíso y sus alrededores, se trasladó a Chillán. Allí conoció a Romualda Molina Urrejola, dama distinguida de la sociedad penquista, con la que contrajo matrimonio. Fueron felices y tuvieron muchos hijos, así como en los cuentos. Recuerdo muy bien a mi abuelo Manuel y al tío Darío -el menor-, gran aficionado a las antigüedades. El Museo Votivo de Maipú tiene una sala con su nombre. No conocí, en cambio, al tío Ambrosio ni a su esposa Presentación Cáraves, de Santander, España, los padres de Marta. Esta nació en 1897 (no 3 ó 4 años después, como algunos manuales dicen, influidos por la autora misma, deseosa siempre de juventud) y no tuvo hermanos.

Fue educada con esmero en Chillán y Victoria, siempre por profesores particulares. Así lo quisieron sus padres, que acumularon una regular fortuna y no encontraban colegio adecuado para su hija. Ella lo lamentó, pensando en las amigas que pudo tener y nunca tuvo. Entre 1911 y 1914, viaje “de

cultura” a Europa, y luego vuelta a los estudios privados.

Gran lectora, Marta no estaba dispuesta a una vida pueblerina ni de campo. Soñaba con ser bailarina, estudiar medicina, seguir viajando. Borroneaba versos y prosas, hasta que, decidida, escribió a Hernán Díaz Arrieta (Alone), enviándole sus poemas. La respuesta fue categórica: no valen la pena, cultive en cambio su veta de prosista. Buen consejo, que pronto dio un fruto memorable: *Montaña adentro* (Nascimento, 1923). El libro tuvo éxito. Recibió críticas favorables de Alone, Omer Emeth, Gabriela Mistral, Raúl Silva Castro, Armando Donoso, Arturo Torres Ricseco, Guillermo de Torre, Rodríguez Monegal, Juan Carlos Ghiano y otros. La autora estaba feliz. En carta a su prima Rosita Brunet de Cienfuegos, asegura: “Aquí hay mucho entusiasmo con *Montaña adentro* y no hacen más que felicitarme. Me miran con cierto asombro y sobre todo las chiquillas me preguntan las cosas más divertidas”.

Pero la autora no quedó en el buen libro inicial. Resuelta a ser escritora hecha y derecha, se decidió de cuerpo y alma a cuentos y novelas. En la poesía no reincidió. Aunque conocidos los títulos y las fechas respectivas, vale la pena recordar: *Don Florisondo*, cuentos, y *Bestia dañina*, novela corta (1926), *María Rosa flor del Quillén*, novela corta (1927), *Bienvenido* (1929), *Reloj de sol*, cuentos (1930), *Cuentos para Mari-Sol* (1934), *Aguas abajo*, cuentos (1943), *Humo hacia el sur*, novela, y *La Mampara*, novela corta (1946); *Raíz del sueño*, cuentos (1948), *María Nadie*, novela (1957), *Aleluyas para los más chiquitos*, versos (1960) y *Amasijo*, novela (1963).

El Premio Nacional de 1961 vino a galardonar con justicia tanto y tan meritorio esfuerzo. Las flaquezas de la vista volvieron, pero Marta no se amilanó y continuó escribiendo y representando a Chile en el extranjero. Falleció en Montevideo el año 1967, de un ataque al corazón. Sus restos mortales están en el Cementerio General de Santiago.

El gran mérito, a mi juicio, de Marta Brunet como escritora se relaciona con su capacidad para crear personajes. Son inolvidables. Muchas descripciones de lugares, más de una situación argumental de interés, diversas reflexiones podrán ser olvidadas. Lo que el lector sensible va a recordar inevitablemente son los personajes nacidos de su pluma, que le parecerán siempre vivos, como vecinos bien conocidos. Son muchos y muy variados, escribimos en el prólogo antes aludido, desde aquella doña Tato, la criada dominante con la que no se atreve nadie sino la suegra en un momento de especial valentía, hasta la mujer sin importancia, Ernestina, por ejemplo, que

jamás imaginó el abandono en que la dejaría su esposo. No es casual que varios títulos de sus obras correspondan a nombres propios de personas: Juancho, Francina, Tía Lita, Misiá Marianita, doña Santitos, don Florisondo, Tía María Mercedes. Niños, viejos, mujeres de diversas clases sociales y de distinta cultura forman una galería amplia y rica en sus cuentos y novelas.

En torno de ellos el relato crece con naturalidad. Hacen lo que no pueden dejar de hacer y dicen la palabra que en cada momento los define. Para hacerlos vivir, la autora -ha recordado Guillermo de Torre- no los encara de frente ni de una vez, sino más bien de soslayo y con breves trazos que van definiendo sus fisonomías anímicas. “Rehuyendo lo directo elemental, añade, tanto como la narración exterior, su manera viene así a encontrarse con la técnica peculiar de los grandes novelistas, quienes presentan, no describen, nos hacen ver vivir a sus seres desde dentro, en función de sus propias reacciones, sin escamotearlas, contándonos cómo viven”.

Sobre todo en un comienzo, algunos de estos personajes presentan rasgos de caricatura. Se acentúan de tal manera sus perfiles, que aparecen de una línea, de una pieza si se quiere, con menor complejidad que la exigida por la vida real. Así, la locuaz y mandaruna doña Tato, el infeliz Saldaña, la experimentada doña Santitos, el resignado don Florisondo, son personajes de cuento, también en el sentido figurado de la expresión. A veces, la caricatura presenta rasgos éticos: un policía cruel, una mujer sacrificada hasta el heroísmo, el patrón sensual y dominante.

Con el tiempo, la escritora creó personajes de mayor riqueza interior, contradictorios incluso, no tan dependientes del medio geográfico y cultural como los de su juventud. Son creaturas más universales. Hay matices en ellos, repliegues oscuros del espíritu que afloran inesperadamente, como esas risas irresponsables y encantadoras, de encanto más o menos felino, de la madre en la novela *Amasijo*. La presentación misma de los personajes ocurre de manera variada. Lo que en un comienzo fuera caracterización exigida por el medio ambiente, en la madurez suele darse a través de largos monólogos que van haciendo aflorar lentamente y quizás de manera dolorosa la realidad personal.

En éste y en otros sentidos, Marta Brunet fue una escritora dinámica que no se contentó con los éxitos iniciales. Rigurosa y exigente consigo misma, buscó para su obra nuevos ambientes, otros tipos humanos, técnicas distintas que aseguraron su universalidad y le valieron la admiración de las gentes de su generación y de las promociones literarias jóvenes. El colorido local fue

cediendo poco a poco ante las preocupaciones directamente psicológicas y generales de quien ya no tiene sólo el recuerdo del fondo de sus padres, sino la vigencia de la urbe cosmopolita.

En uno y en otro caso -en el campo de su juventud y en la ciudad de su madurez-, la autora va por la vida con una acertada visión de lo humano. Lo que le importa es el hombre en su circunstancia real, ya campesina, ya urbana, sencilla en un comienzo, complicada y contradictoria más adelante. Mira con detención y con amor y aprehende profundamente. A todos sus personajes les tiene honda simpatía, la que se transmite íntegramente al lector.

Este termina por familiarizarse con esos niños y esas viejas que pululan por cuentos y novelas, olvidado de que son seres de ficción.

Desde este ángulo, la evolución de Marta Brunet ha de verse como un crecimiento en torno de un centro que no se desplaza sino que permanece siempre en el mismo sitio: el del interés por la realidad humana. La unidad de la obra está dada en gran parte por esta amovilidad, que no se pierde por el tratamiento con diversa complejidad.

Y una última observación, práctica y plañidera si se quiere. No es posible que una autora de las dimensiones de Marta Brunet no pueda ser leída por carencia de ediciones. ¿Es imposible pensar en la reedición de sus obras completas? Si se agotaron luego de aparecer será porque el público las compraba. Y si es demasiado eso de obras completas, a lo menos tomos separados con algunas novelas, con una selección de cuentos. No es pedir tanto.

Mi querida Primita: La mamá llegó enferma, parece que le hizo mal una finta que comió en casa de tía Matilde; además me trae un día de labor referente que agucado a la tierra y a que a uno de los campos se le rompió un truco y trajo unos otros trozos de queso, me hizo el café muy desagradable.

Desafortunadamente mamá me dijo ya ha perdido de salir a sus comadres. La abuela está muy bien, tío Darío lo mismo; Anacle es una calamidad como están en casa de tía Carmela; a Pilar le dio tifus y como estaba embarrada nació la suya una antes de tiempo, tuvieron que ponerle un cordón. Me compré un tanto de esto significa esto. Como si fuera poco se enfermó Abra Cadrigue, un ratón que tiene pues ayer decían que era meningitis y hoy dicen que sea tifus. Me ratos que estos doctores de aquí están siempre como los del Rey que ratos... Le quien hay que compadecan es a la pobre tía Carolina, que se estaba desfigurada.

Aquí hay muchos entusiastas en montana faldas y no hacen mas que felicitarme. Me miran con cierto respeto y entre todo las chiquillas me preguntan las cosas mas divertidas.

Le Carter y me se le pasó el tiempo y está hecha un caramelo conmigo, como yo le suponia el cuento ratos de Eugenio Caltasca, en realidad es de amor es esto una pirandella.

Mamma y Maria están bien. Les de tu recado y dijeron que bien luego iban a escribirte; él está. El otro y mas tu me dijo que nunca, ella muy interesante...

Por ahí debo haber dejado el resto con los amigos, tal vez sobre la mesa o en el cajón del escritorio, entre los otros a las chiquillas para que me las manden con las demás cosas.

Un abrazo a Eugenio. Besos para los niños y para...